

Amberes-Bogotá: interpretaciones de lo doméstico en Ernesto Volkening

Antwerp-Bogotá: interpretations of domesticity in Ernesto Volkening

Recibido: 2 de agosto de 2010. Aprobado: 22 de octubre de 2010.

Carlos-Roberto Peña-Barrera

Ingeniero catastral y geodesta, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Bogotá, Colombia.

Estudios en Filosofía, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia. Investigador del grupo Procesos Urbanos en Hábitat, Vivienda e Informalidad, Universidad Nacional de Colombia.

Consultor de la firma www.peritoavaluador.com.

✉ cartolome@hotmail.com

Resumen

Ernesto Volkening (1908-1983) fue un inmigrante alemán recordado en Colombia desde el ámbito de la crítica y el ensayo. Aunque sus producciones hablan de diversos temas, uno en particular es especial: las impresiones que dejó de su ciudad natal Amberes y algunas añadiduras poéticas de su vivir en Bogotá. En ese sentido, esta investigación tuvo por objeto conocer si en su obra podían encontrarse ideas, pensamientos y fragmentos que pudieran analizarse e interpretarse desde el punto de vista de lo doméstico. Para ello se abordó su producción, se seleccionaron escritos pertinentes, se resaltaron frases exactas y se comparara todo ello, al final, con algunos argumentos de otros autores. En efecto, su dialéctica y poesía argumentan sobre ello: la ciudad puede ser aprehendida como perteneciente a lo doméstico, porque "desde muy niño había sido para él la cosa más natural del mundo asociar la imagen paterna a la de Amberes; tanto así que el viaje que pensaba emprender le pareció otra manera de encontrarse con su padre". Tan relevantes son sus pensamientos que siguen siendo vigentes y merecedores de posteriores reflexiones sobre la ciudad, el territorio y lo doméstico de la actualidad.

Palabras clave: Amberes, Bogotá, ciudad, Ernesto Volkening, familiar, hogar, territorio.

Abstract

Ernesto Volkening (1908-1983) was a German immigrant who acknowledged in Colombia as a critic and an essayist. Although his work covers many diverse topics, one is of particular interest: the impression that his native Antwerp left on him, and also poetic notes of his life in Bogotá. It is this paper's objective to discover whether it was possible to find ideas, thoughts and extracts that could be analysed and interpreted from the point of view of 'the domestic'. In order to achieve this, pertinent writings were selected, the content was analysed, exact sentences were used, and finally this material was compared to the writings of other authors. His dialectics and poetry argue that the city can be understood as belonging to 'the domestic'. Volkening's theories are extremely valid, and topics that deserve further consideration include: the city, territory, today's idea of 'the domestic'.

Keywords: Antwerp, Bogotá, city, Ernesto Volkening, family, home, territory.



Figura 1. Un retrato a Ernesto Volkening. Contribución artística: Javier Ricardo Cuéllar Castro.

Ernesto Volkening (fig. 1) nació en Amberes, pocos años antes de la Primera Guerra Mundial (1908), justamente en el último año de reinado de Leopoldo II, y llegó a Colombia antes de que comenzara la Segunda Guerra Mundial, hacia 1934. Como inmigrante europeo, recién graduado de Derecho de la Universidad Friedrich-Alexander de Erlangen-Nuremberg,¹ pisó el país al terminar el conflicto con Perú y al iniciarse el primer gobierno (“La revolución en marcha”) de Alfonso López Pumarejo.² A partir de 1947 empezó su colaboración con revistas como *Vida*, *Crítica*, *Ahora*, *Revista de las Indias* (que circula desde 1940) y *Eco*,³ en las que se desempeñó como autor y editor. Tres libros suyos tienen renombre: *Los paseos de Ludovico* (México: Cosmos, 1974), *Ensayos* (Bogotá: Colcultura, 1976) y *El asilo interno en nuestro tiempo* (Bogotá: Temis, 1981), resultado de su tesis de grado (1933).⁴

Veinticinco de sus 75 años los vivió en Europa. Su infancia la disfrutó a las afueras de Amberes (que hoy tiene cerca de medio millón de habitantes), en

la periferia del barrio Berchem (fig. 2), cerca de la estación del tren, y en medio de las campiñas circundantes y la dinámica comercial de sus puertos, a la que regresó después de 34 años y de la cual se derivan numerosas impresiones, que detallada con gran cuidado en algunas páginas de *Eco* (1960-1984).

Así las cosas, de Amberes a Bogotá, en más de una oportunidad se desarrollan sus ideas, enriquecidas seguramente por los pensamientos de Hermann Hesse, Georg Büchner, Friedrich Hölderlin, Ernst Jünger, entre otros; pero también por los de Álvaro Mutis y Gabriel García Márquez, sin dejar de mencionar, por supuesto, los de Karl Buchholz. Sin embargo, de todo ese abanico dialéctico, interesa aquí el que se sintetiza en sus pensamientos, por los cambios ocurridos en su ciudad natal durante el tiempo en que dejó de habitarla, vivirla y morarla.

Las sensaciones de todo este devenir histórico reflejan más que recuerdos. Los escenarios descritos, detallados y enmarcados bajo su poética permiten entender que, como amberino, su casa y su hogar se extienden hacia el territorio, la ciudad, y todo lo que ello implicó en su génesis se mezcla con el habitar bogotano en varias décadas, para dar como resultado una sustanciosa mezcla de argumentos, de hechos que se pueden interpretar como columnas de una suerte de características de lo doméstico, que se perdió en la historia, pero que queda en su memoria, como canal por el cual podemos aproximarnos a su realidad.

Análisis e interpretación

La obra de Volkening es extensa (cerca de 200 ensayos, además de algunos libros) y pintoresca, más cerca de la marginalidad que de la academia, muy lejos de lo político y bien pegado de lo intelectual. De todo ello, para el interés de este estudio, se pudieron analizar y encontrar los insumos para hallar respuesta a la interrogante avisada: “Dos mundos” (*Revista de las Indias*, 1949); “Amberes, reencuentro con una

Agradecimientos: A Kathrin Seidl, por sus aportes y observaciones a este artículo; y a Javier Ricardo Cuellar Castro, por sus contribuciones artísticas.

1 Jursich, “Volkening, Ernesto”.

2 Gómez, “Pasos perdidos Ernesto Volkening”

3 González, *En causa propia*.

4 Torres, *Mausoleo iluminado*.



Figura 2. Una casa donde vivió Ernesto Volkening. Contribución artística: Javier Ricardo Cuéllar Castro.

ciudad y un rostro (I)" (*Eco*, junio de 1969); "Amberes, reencuentro con una ciudad y un rostro (II)" (*Eco*, julio de 1969); "Extramuros" (*Eco*, marzo-abril de 1971); "Patografía de la arquitectura moderna: a propósito de un libro de W. Kücker" (*Eco*, junio de 1977).

Volkening fortalece sus relatos y argumentos con frases de autores para él citables. Tal es el caso para "Amberes I y II", donde se vale de un apartado de Nietzsche para argüir que sus primeros años de vida (en ese momento sólo recuerdos confrontados a la realidad de recorrer su ciudad natal hacia 1969) los

constituyen todo aquello que le sucedió en su hogar (en su ciudad). Como él mismo traduce al filósofo, "la historia de su ciudad se le confunde con la de su propia vida".⁵

Todo lo que es pequeño, limitado, decrepito y anticuado recibe su propia dignidad e intangibilidad por el hecho de que el alma del hombre anticuario, tan inclinada a preservar y venerar, se instala en estas cosas y hace en ellas un nido familiar. La historia de su ciudad se convierte para él en su propia historia: concibe las murallas, la puerta fortificada, las ordenanzas municipales y las fiestas populares como una crónica ilus-

5 Volkening, "Amberes (I)", 275.

trada de su juventud y, en todo esto, se redescubre a sí mismo con su fuerza, su actividad, sus placeres, su juicio, sus locuras y sus malas maneras.⁶

Su vida de niño y joven se nutren de sus experiencias en la ciudad (entendida como urbe y campiña). La dinámica de Amberes construye su historia como individuo, y como habitante de un hogar que en una casa tiene su morada, ésta nace allí y se extiende (quizá la adopta), así como crece la ciudad misma, hacia la urbe:

Respecto de las corrientes espirituales del siglo —me refiero a las menos ostentosas, que son las más interesantes— es cierto que, fuera de Nietzsche, nadie se daba cuenta en aquel entonces del alcance de otro fenómeno de capital importancia para la caracterización de la centuria: el historicismo, ese peculiarísimo enfoque en el que individuo no sólo adquiere plena conciencia de su historicidad, sino también se cree históricamente determinado hasta en las últimas fibras de su ser.⁷

En medio de sus recorridos póstumos por Amberes vienen recuerdos de su historia y, por lo tanto, de la ciudad de entonces, que los reflexiona como más reales que la ciudad de allí, la sensible, que se traduce en nuevas formas, quizá entendidas como más modernas, diferentes, total o parcialmente contrarias a los escenarios vividos décadas atrás:

Mas esta *urbs abscondita* o *anima antuerpiensis* tampoco es la imagen idealizada de la ciudad de hoy, o sea lo que queda después de haberse abstraído de las contingencias, las fealdades e incongruencias del momento, sino que, antes bien, tiende a confundirse con aquella suprarrealidad de torres y triangulares frontispicios sumidos en el cielo violáceo de una noche de luna que, en raras ocasiones se me aparece en sueños, suerte de ciudad-arquetipo más real que la realidad actual, cuyo perfil apenas conserva un último vago recuerdo de su platónica protoimagen.⁸

El ensayista cuasi bogotano encuentra que su regreso a Amberes tiene un propósito particular: redescubrir, cual lectura de una autobiografía, sensaciones, imágenes y palabras del entonces, del hogar, la ciudad. Allí tiene la oportunidad de verse, como si

recorriera un álbum familiar, y de sentirse en medio de lo suyo, los suyos. Allí está él con los amberinos, su “familia”:

Pero a medida que va subiendo la marea de saturnina tristeza, creo ver, cada vez más claramente, por qué he vuelto a mi natal Amberes, y qué es lo que en realidad ando buscando: la dimensión de lo histórico, y en la dimensión de lo histórico la perpetuidad, aquel punto arquimédico en que se establezca una suerte de equilibrio perfecto, similar al intervalo entre dos tiempos, al brevisimo instante de libertad suprema, preñada de insospechadas posibilidades.⁹

En “Amberes (I)” asocia, como alemán que era, que sus compatriotas (y, por supuesto, él mismo) se refieren a su ciudad natal como *ciudad padre*, pero para él más como *ciudad madre*. Y como buscando su propia casa, recorre su ciudad para hallarla. De ésta se derivan los recuerdos de su infancia, de su crianza, de sus padres, y todo ello, sin lugar a dudas, es parte de su actividad doméstica, por cuanto es relativa a su hogar. El pasado hace su presente como recuerdo, y lo transcribe para un futuro en el que se pueden vislumbrar algunas consideraciones emanadas de su búsqueda de hogar: “Curioso que el alemán, cada vez que se refiere a su ciudad natal, dice *Vaterstadt*, ciudad padre, y es curiosa esa manera de hablar no sólo por la rara combinación de sustantivos, sino también porque a la imagen de la ciudad, la *cit *, la *polis* con sus murallas y puertas se asociar a, antes bien, la de la madre”.¹⁰

A esta altura no podr a considerarse sospechoso que la ciudad era para él (se escribe de sí en tercera persona) como su mismo hogar y, por lo tanto, cada actividad suya en la *cit * como si fuera una más de su casa. Entonces la ciudad es como aprehender su hogar mismo y lo allí esperado, amado (sus padres y su vida): “Desde muy niño había sido para él la cosa más natural del mundo asociar la imagen paterna a la de Amberes; tanto así que el viaje que pensaba emprender le pareció otra manera de encontrarse con su padre, o por decirlo más exactamente, del volver al encuentro de sí mismo”.¹¹

6 Nietzsche, *Sobre la utilidad*, 59.

7 Volkening, “Amberes (II)”, 271.

8 Volkening, “Amberes (I)”, 141.

9 Volkening, “Amberes (II)”, 246-247.

10 Volkening, “Amberes (I)”, 113.

11 *Ibíd.*, 114.

Su viaje no es por turismo, es por regresar a su casa a través de su imaginación; sin embargo, requiere la ciudad que se revela para llegar a la de ese entonces. Aunque no es claro en todo sentido, los escenarios del ayer y del hoy, lo que hizo y lo que hace se yuxtaponen hasta hacerlo alcanzar su objetivo: "Por lo demás, no he venido aquí a ver monumentos, ni con el propósito de contemplar paisajes a través de un medio tejido de cosas sabidas y dulces ilusiones de persona culta, sino en busca del imaginario punto de enlace entre el presente y el pretérito de una ciudad cuya efigie se confunde con la visión de mis comienzos".¹²

Sin duda, de la casa y del hogar son relativas las experiencias de alguna etapa de la vida. Para Volkening, de la infancia. Encontrar de nuevo su ciudad es recordar su niñez y donde ésta se desarrolló. No sólo son las cosas del pasado, también las familiaridades. Le son íntimos los objetos y los sujetos amberinos. Y, más que eso, son suyas las expectativas de enfrentarse al pasado a través del presente, y por medio de un símbolo (Vineta) para el mundo de su infancia. "El retorno a Amberes era un experimento para averiguar qué resultase del choque de dos realidades: entre la incógnita de una ciudad [...] y la familiar silueta de Vineta reposando en la tumba submarina de la infancia".¹³

En sus escritos se hace llamar Ludovico, aquel personaje que examina la ciudad, a fin de retratarla como su mismo hogar. Lo perteneciente a su casa, su ciudad, ha cambiado. La campiña, los campos están expuestos al feroz urbanismo. Poco queda de lo que había. Ahora la ciudad late más lejos, y él la siente:

De esa lejana tarde de octubre de no sé qué año, proseguía Ludovico después de haber terminado su relato, data mi pasión de trotacalles, suerte de fascinación que sobre mi mente abierta a lo desconocido e inasible ejercen los arrabales de las grandes ciudades, sus avenidas sin fin, tiradas a cordel, y aquellos parajes donde hinca la ciudad los dientes en la carne sangrante de la campiña.¹⁴

Como él lo explica, la ciudad es *urbe y campiña*. Y mientras él ve que se centrifuga lo urbano sobre lo

rural a punta de "mordidas" (así como sus recuerdos en el presente), se dispone no sólo en su imaginación, sino también con sus pasos a ir al corazón de la *city*, donde algunas cosas no han cambiado. Siguen iguales, pese a los años, porque son la vida misma que fluye y le dan a la ciudad su identidad. Al hacerlo, la historia es él. Y así como la urbe "muere" el campo, su hogar, su casa y todo lo que allí se da, también lo hace con la ciudad. De modo que se extiende lo relativo a su casa hasta el centro de la ciudad:

Conozco también otra tentación contraria a ese movimiento centrífugo: la de internarme, buscando la protocélula, la matriz oscura y cálida de la urbe en callejuelas laberínticas, lóbregas, empapadas en la humedad de los siglos, y en donde más irresistiblemente me atrae la ciudad hacia sus entrañas, como el nadador arrastrado hacia el centro del torbellino, es en los suburbios o en las roñosas tierras aledañas a las que, sin embargo, he de retornar siempre, cediendo a un impulso igualmente misterioso. ¿Será porque, cuando recorría con Aaltje esas calles de barriada en Amberes, llegué por primera vez a mi oído, cual murmullo, el eco de un mundo ajeno, excitante, de aventuras apenas vislumbradas? —No sé, si bien pienso que, al abandonarme a los vaivenes de la corriente, oigo latir más perceptiblemente el pulso de ese vasto organismo urbano, y escucho extasiado el borboteo de la sangre que, obedeciendo a rítmicas alternaciones de sístole y diástole, circula por sus venas día y noche.¹⁵

Después de varios años de vivir la capital de Colombia y de verla también "crecer", como lo ha sido, advierte implícitamente que no sólo Amberes, sino que otras ciudades, y más exactamente sus ciudades (indudablemente Bogotá), porque son suyas como un hogar, requieren en su franja urbana que se les añadan las cosas que en aquel entonces él vivió y que, al parecer, ya no están, lo cual ha dejado al descubierto una impresión amputada de aquellas cosas que más le atraían:

Confieso que en mis escapatorias a esa extraña zona híbrida, mitad urbe en desarrollo, mitad campo en su último trance, que rodea nuestras ciudades, cuando más, me doy cuenta de la conveniencia de introducir unas cuantas sombras en un cuadro que, sin ellas,

12 *Ibíd.*, 125.

13 *Ibíd.*, 133.

14 Volkening, "Extramuros", 533.

15 *Ibíd.*, 533-534.

quedaría tan trunco, tan ridículamente ilusorio como la mujer sin abdomen cuyos fragmentarios encantos antaño se admiraban en las ferias.¹⁶

Como es natural, la infancia hogareña está llena de sazones que, a los distintos "paladares", pueden resultar o no agradables. Sin embargo, no es sólo la impresión o la experiencia subjetiva lo más relevante; lo es el lugar donde se da todo ello: el paisaje, el de la infancia: "Y en el fondo, no hago más que seguir la pendiente de mis inclinaciones, que son las de un hombre ansioso de localizar en su visión del mundo el paisaje de la infancia con todos sus rasgos de patética fealdad y poesía sospechosa".¹⁷

Por otra parte, Bogotá, como capital cuya huella tiene como pasado la Conquista, es también motivo de reflexión sobre la extensión del hogar hasta la ciudad y, en lo que aquí compete, de una ciudad y un país en particular sobre los territorios conquistados: la prolongación de la metrópoli española:

Esa empresa de transmisión de la cultura hispánica fue tan grandiosa como unilateral: grandiosa, no sólo por la magnitud y variedad de los aportes [...] sino también por su fuerza plasmadora que dio al continente una nueva fisonomía, uniforme y superpuesta a los rasgos primitivos; unilateral porque en sus resultados fue sencillamente la prolongación de la metrópoli.¹⁸

Los escenarios que encuentra por los caminos de Amberes le resultan muy particulares, tanto que los compara no sólo con lugares de Bogotá, sino con personajes, habitantes de allí. Y no sólo con ellos, sino con lo que hacen. Para este caso en particular, con dos moradores, quizá amberinos, unos de los cuales al punto de ser como un bogotano. Tal momento es importante, porque lo contempla, quizá recordando en Amberes a Bogotá, en los amberinos a los bogotanos, y procurando descubrir en todo ello algo que, según él, otros no podrían siquiera entender:

Ninguno de los jugadores se había quitado el sombrero, sólo que el joven lo sostenía inclinado sobre la frente, lo que le daba un aspecto de pistolero de película de los tiempos de George Raft, y el viejo cuyo perfil de buitres enlutado me recordaba, hasta por la inacabable colilla de cigarrillo que le pendía del pico, al nonage-

nario E., antaño comensal vitalicio del Restaurante Internacional en la Calle 13 de Bogotá, llevaba el suyo empujado hacia atrás. Largo rato quedé absorto en la contemplación de la pareja, tratando de descifrar el secreto de esas dos vidas a través de unos gestos que, vistos de lejos, parecían un ritual extrañamente estilizado e ininteligible para los profanos, y luego fui a sentarme a la terraza.¹⁹

Al parecer es tanto el cambio su ciudad natal (la campiña sangra, porque la urbe se la come a mordidas) que al contar en sus ensayos que la de antes era tan distinta, se precipita a argüir que, si alguien lo duda, también afirmarí que es una ilusión melancólica surgida en medio de una noche en Bogotá. En efecto, aunque no lo es, con ello trae a colación su ciudad habitual, la cual también invita a la melancolía y la ilusión. "Habrá quien objete que esa ciudad no existe ni ha existido nunca, que simplemente se trata de un esperpento, una quimera de la estirpe de los hipogrifos y unicornios, engendrada en una noche de *spleen* bogotano por dos alucinados, V. y Ludovico".²⁰

Al crecimiento de su hogar, su ciudad de niño (Amberes) y de grande (Bogotá), le siguen comentarios tan relevantes y vigentes que parecen palabras de pleno siglo XXI, pensamientos poéticos, más que discusiones mismas de su hogar. Todas éstas son consideraciones íntimas, familiares, que escapan y son a la vez aprehensibles a las urbes, hogar de millones de personas, cuyas dinámicas son la rutina misma de lo doméstico, en medio del cambio constante de la *ciudad*. Lo doméstico de su ayer no es lo mismo que el de su presente. El del ayer es genuino, el del hoy es confundible, monótono, precario, pese a encontrarse en medio de construcciones, casas modernas:

Entre los males que hoy aquejan a la ciudad y, poco a poco, van socavando los propios cimientos de una creación arquetípica de las llamadas altas culturas, desde la civilización mesopotámica hasta la occidental, descuellan [...] dos síndromes particularmente aterradores: el desplazamiento del centro de la gravedad de la vida urbana hacia la periferia, con la subsiguiente atrofia del corazón de la urbe, su antiguo casco, y el

16 *Ibíd.*, 535.

17 *Ibíd.*, 535.

18 Volkening, "Dos mundos", 85-86.

19 Volkening, "Amberes (I)", 157.

20 Volkening, "Amberes (II)", 259.

crecimiento hipertrófico de sus extremidades por una parte, por otra, la desaparición de los rasgos característicos, la imagen antaño inconfundible de las ciudades, suerte de desintegración progresiva, que se traduce en la monotonía atroz y la indecible pobreza plástica inherentes a los especímenes de la arquitectura moderna.²¹

Él mismo da cuenta de lo que hoy en día es común ver en Bogotá: a medida que pasan los años, las casas son más pequeñas, y pese a que la ciudad es más y más grande, las posibilidades del vivir la ciudad entera se reducen al punto de no reconocerla por completo. Se vive una fracción de la ciudad, y cada vez se hace más lejos del corazón, del centro de la urbe. La vida y el campo son fracturados por lo urbano. Ya no quedan rasgos de aquel entonces. Efectivamente su *ciudad padre y madre*, su hogar, son otros.


Rara dialéctica del desarrollo de una ciudad en que las viviendas y el mismo tren de vida se achican a medida que va creciendo el organismo por lo alto y lo ancho, y sus tentáculos de pulpo insaciable, rompiendo por doquier el antiguo cinturón de fortificaciones, penetran cada vez más profundamente en la campiña.²²

Reflexiones

Después de interpretar las concepciones de Volkening, vale la pena preguntarse: ¿en qué medida lo doméstico sólo pertenece o es relativo a la casa u hogar? También es pertinente revisar qué se considera hogar o casa. Para él, lo es la ciudad: su casa es su ciudad. Por lo tanto, es su hogar, y no es en lo absoluto ilógico considerarlo así, porque el mismo Heidegger (1889-1976), alemán también y prácticamente contemporáneo de Volkening, asevera que para el camionero la autopista es su casa; lo mismo para la obrera, la fábrica, y para el ingeniero, la central eléctrica.²³ Como todas estas construcciones hacen la ciudad, éstas podrían considerarse para muchos su casa.

Así las cosas, lo doméstico no es relativo exclusivamente a la vivienda, si es que se piensa la vi-

vienda como hogar o casa. Lo son muchas partes de la ciudad, quizá la ciudad entera, como para Volkening lo fue en su infancia. Sin embargo, lo que quizá desde la actualidad vale la pena preguntarse es si lo doméstico se relaciona únicamente con lo privado (familiar) o, tal vez, también con lo público, como se puede entender del autor o como lo defiene Romina Zamora, al afirmar que estos escenarios son complementarios y corresponsables.²⁴ Por lo tanto, ¿qué cosas son tan familiares, tan privadas, que no se puedan hacer también en lo público, en la ciudad? ¿Dormir, comer, distraerse, hablar con los familiares, leer...? En efecto, todo ello también se hace fuera de la casa (entendida como vivienda), en la ciudad: en un hotel, un restaurante, un camino, cualquier lugar, porque dichos lugares pueden resultar como casa u hogar.

Es más, si la diferencia se entrara a refutar porque es en la casa (vivienda) donde está la familia, ¿para muchos no son como un padre o una madre, un hermano o una hermana, el vecino, el amigo, algún familiar o cualquier otra persona, incluso no sólo personas, porque para Volkening lo era su ciudad? En suma, para Volkening, incluso para el autor de este artículo o para cualquier persona, lo doméstico puede ser perteneciente o relativo a la ciudad, ya que la ciudad es (como) nuestra casa, nuestro hogar. 

Bibliografía

Gómez, Juan Guillermo. "Los pasos perdidos de Ernesto Volkening", *Boletín Cultural y Bibliográfico* 40 (1997). <http://www.lablaa.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/boletin/boleti1/bo140/bo140tres.htm> (acceso junio, 2010).

González, Óscar J. *En causa propia: Ernesto Volkening*. Medellín: Universidad de Antioquia, 2004.

Heidegger, Martin. *Construir, habitar, pensar*. http://www.laeditorialvirtual.com.ar/Pages/Heidegger/Heidegger_ConstruirHabitarPensar.htm (acceso junio, 2010).

Jursich, Mario. "Volkening, Ernesto", en *Gran enciclopedia de Colombia*. <http://www.lablaa.org/blaavirtual/biografias/volkerne.htm> (acceso junio, 2010).

Nietzsche, Federico. *Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida*. Madrid: EDAF, 2000.

21 Volkening, "Patografía de la arquitectura", 125.

22 "Amberes (II)": 239.

23 Heidegger, *Construir, habitar, pensar*.

24 Zamora, *Lo doméstico y lo público*.

Torres, Óscar. *El mausoleo iluminado: antología del ensayo en Colombia*. <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/ensayo/ernesto.htm> (acceso junio, 2010).

Volkening, Ernesto "Amberes, reencuentro con una ciudad y un rostro (I)", *Eco* (junio, 1969).

—. "Amberes, reencuentro con una ciudad y un rostro (II)", *Eco* (julio, 1969).

—. "Extramuros", *Eco* (marzo-abril, 1971).

—. "Dos mundos", *Revista de las Indias* (mayo-junio, 1949).

—. "Patografía de la arquitectura moderna: a propósito de un libro de W. Kücker", *Eco* (junio, 1977).

Zamora, Romina. "Lo doméstico y lo público: los espacios de sociabilidad de la ciudad de San Miguel de Tucumán a fine del siglo xviii y comienzos del siglo xx", *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos* (2010). <http://nuevomundo.revues.org/58257>.